

—Pues qué..., ¿no está enfermo?  
Se le escapó esta espontaneidad, y cuando quiso contenerla ya era tarde. Hacía una semana que Santa Cruz no iba á las citas, y le había enviado, por medio de Cirila, un recadito. Se había caído del caballo en la Casa de Campo, estropeándose ligeramente un brazo.

—¿Enfermo?—dijo Maxi, clavando en ella sus ojos de iluminado.—En efecto, tenía un brazo en cabestrillo. ¿Pero tú por dónde sabes...?

—No, no, yo no sabía nada—replicó Fortunata enteramente aturdida.

—¡Tú lo has dicho!—exclamó Rubín con la mirada terrorífica.—¿Por dónde lo sabes?

La prójima se puso como la grana, después volvió á palidecer. Buscaba una salida de aquel compromiso, y al fin la encontró: «¡Ah!»

—¿Qué?

—¿Dices que cómo lo sé, tontín?... Pues muy sencillo. Si lo traía el periódico... Tu tía lo leyó anoche. Mira, aquí está: que se cayó del caballo paseando por la Casa de Campo.

Y recobrando su serenidad, revolvió en la mesa y cogió *El Imparcial* que, en efecto, traía la noticia: «Mira..., ¿lo ves?..., convéncete.»

Maxi, después de leer, siguió diciendo: «Le vi en el Saladero; allí debiera estar ese canalla toda su vida. Olmedo, que iba conmigo, me le enseñó. Fui á ver á mi hermano; él iba á visitar á un tal Moreno Vallejo, que también está

preso por conspirar. ¡Y el tal Santa Cruz es de lo más cargante...!»

Fortunata se tapaba la cara con el periódico, fingiendo que leía. Maxi le arrebató el papel de un manotazo.

—Te has quedado así como... estupefacta.

—Déjame en paz—replicó ella con un despego que á su marido le llegó al alma.

—¡Qué modales, hija! Ya ni consideración.

Fortunata parecía que tenía sellada la boca. Comieron sin chistar; él se puso luego á estudiar y ella á coser, sin que el fúnebre silencio se rompiera. Acostáronse, y lo mismo. Ella volvió la espalda á su marido, insensible á los suspiros que daba. Desvelados estuvieron ambos largo rato, cada cual por su lado, muy cerca materialmente uno de otro, pero en espíritu Fortunata se había ido á los antípodas.

Dos ó tres días después, volviendo del Saladero, adonde fué para decir á su hermano que pronto le soltarian, vió Maximiliano á Santa Cruz guiando un faetón por la calle de Santa Engracia arriba. Ya tenía el brazo bueno. Miró á Maxi, y éste le miró á él. Desde lejos, porque el coche iba bastante aprisa, observó Rubín que éste entraba por la calle de Raimundo Lulio. ¿Pasaría luego á la de Sagunto? Nunca como en aquel momento sintió el exaltado chico ganas de tener alas. Apresuró el paso todo lo que pudo, y al llegar á su calle..., ¡Dios!..., lo que

se temía... Fortunata en el balcón, mirando por la calle del Castillo hacia el paseo de la Habana, por donde seguramente había seguido el coche. Subió el joven farmacéutico tan rápidamente la escalera, que al llegar arriba no podía respirar. Es que para ser celoso se necesitan buenos pulmones. Cayóse más bien que se sentó en una silla, y su mujer y Patricia acudieron á él creyendo que le daba algún accidente. No podía hablar, y se golpeaba la cabeza con los puños. Cuando su mujer se quedó sola con él, sintió Rubín que aquella furibunda cólera se trocaba en un dolor cobarde. El alma se le desgajaba y sacudía, resistiéndose á albergar en su seno la ira. Los ojos se le llenaron de lágrimas, las rodillas se le doblaron. Cayendo á los pies de su mujer, la besuqueó las manos. «Ten piedad de mí—le dijo con aflicción más de niño que de hombre.—Por tu vida..., la verdad, la verdad. Ese señor..., tú esperándole..., él pasaba por verte. Tú no me quieres, tú me estás engañando...; le quieres otra vez..., le has visto en alguna parte. La verdad... Más quiero morir de pena que de vergüenza. Fortunata, yo te saqué de las barreduras de la calle, y tú me cubres á mí de fango. Yo te di mi honor limpio, y me lo devuelves sucio. Yo te di mi nombre, y haces de él una caricatura. El último favor te pido... La verdad, dime la verdad.

## IX

Fortunata movió la lengua y agitó los labios. En la punta de aquella tenía la verdad, y por instantes dudó si soltarla ó meterla para adentro. La verdad quería salir. Las palabras se alinearon mudas y decían: «Sí, es cierto que te aborrezco. Vivir contigo es la muerte. Y á él le quiero más que á mi vida.» La batalla fué breve, y Fortunata volvió la terrible verdad á los senos de su espíritu. La aflicción de Maxi exigía la mentira, y su mujer tuvo que decírsela... Mentiras de esas que inspiran viva compasión al que las dice y consuelan poco al que las oye. Echábalas de sí como enfermera que administra la inútil medicina al agonizante.

—Dímelo de otra manera y te creeré—manifestó Rubín.—Dilo con un poquito de calor, si quiera como me lo decías antes. Tú no sabes el daño que me haces. Me estás haciendo creer que no hay Dios, que portarse bien y portarse mal todo es lo mismo.

La compasión venció á la delincuente, y se mostró tan afable aquella tarde y noche, que Maximiliano hubo de tranquilizarse. El pobrecito estaba destinado á no tener rato bueno, pues á punto que su espíritu recibía algún ali-

vio, se le inició la jaqueca. La noche fue cruel, y Fortunata esmeróse en cuidarle. En medio de sus dolores cefalálgicos, el infortunado joven se caldeaba más la mente arbitrando remedios ó paliativos de la ansiedad que le dominaba. A poco de vomitar, dijo á su mujer: «Se me ocurre una idea, que resolverá las dificultades... Nos iremos á Molina de Aragón, donde tengo mis fincas. Abandono la carrera y me dedico á labrador... Quieres, ¿sí ó no? Allí viviré con tranquilidad.» Fortunata se mostró conforme, si bien recordaba lo que Mauricia le había dicho de la vida de los pueblos. Sólo descuartizada iría ella á vivir al campo; pero aquella noche no tenía más remedio que decir *sí* á todo.

En los siguientes días notaba el pobre Maxi que su descaecimiento aumentaba de una manera alarmante como si le sangraran, y asustadísimo fué á consultar con Augusto Miquis, el cual le dijo que hubiera sido mejor consultara antes de casarse, pues en tal caso le habría ordenado terminantemente el celibato. Esto redobló sus tristezas; mas cuando Miquis le propuso como único remedio de su mal la rusticación, cobró esperanzas, confirmándose en la idea de abandonar la corte y sepultarse para siempre en sus estados de Molina.

La segunda vez que habló de esto á su mujer, no la encontró tan bien dispuesta. «¿Y tus estudios, y tu carrera? Aconséjate con tu tía, y ella

te dirá que lo que estás pensando es un disparate.» Maxi estaba muy caviloso, por ciertas cosas que en su mujer notaba. Hacía días que apenas levantaba los ojos del suelo, y su mirar revelaba una gran pesadumbre. De repente, una tarde que volvía Rubín de la botica, al subir la escalera la oyó cantar. Entró, y la cara de Fortunata resplandecía de contento y animación. ¿Qué había pasado? Maxi no lo pudo penetrar, aunque sus celos, aguzadores de la inteligencia, le apuntaban presunciones que bien podrían contener la verdad. Esta era que la prójima había recibido, por conducto de Patria, una esquela en que se le anunciaba la reapertura del curso amoroso, interrumpido durante una quincena. «Esta alegría—pensaba Maxi,—¿por qué será?» Y comprendiendo por instinto de celoso que echaba un jarro de agua fría sobre aquel contento, dijo á Fortunata: «Ya está decidido que nos iremos al pueblo. Lo he consultado con mi tía, y ella lo aprueba.»

No era verdad que había consultado con doña Lupe; mas lo decía para dar á su proposición autoridad indiscutible.

—Te irás tú...—dijo ella sonriendo.

—No—agregó él, conteniendo la amargura que de su alma se desbordaba;—los dos.

—Tú te has vuelto loco—observó Fortunata riendo con cierto descaro.—Yo creí... ¿Pero lo dices con formalidad?

—¡Toma!... ¿Y tú no me dijiste que irías también y que querías ser paleta?

—Sí; pero fué porque me pensé que era conversación. ¡Encerrarme yo en un pueblo! ¡Qué talento tienes!

De tal modo se demudó el rostro del joven, que Fortunata, que ya empezaba á decir algunas bromas sobre aquel asunto, se recogió en sí. Maxi no dijo una palabra, y de pronto salió disparado de la casa, cerró con estruendo la puerta y bajó la escalera de cuatro en cuatro peldaños. Asustóse Fortunata, y asomándose al balcón, vióle recorrer apresuradamente la calle de Sagunto y después tomar por la de Santa Engracia, hacia abajo. Ella salió después, tomando por la misma calle, pero hacia arriba, en dirección de Cuatro Caminos.

Las seis de la tarde serían cuando Rubín volvió á su casa. Estaba lívido, y de lívido pasó á verdé, cuando Patricia le dijo que la señorita había salido á compras. Dejándose llevar de su insensato recelo, interrogó á la criada, tratando de averiguar por ella... Pero á buena parte iba. Patria tenía la discreción del traidor, y cuanto dijo fué encaminado á introducir en el cerebro de Maxi el convencimiento de que su mujer era punto menos que canonizable. Cuando la criminal entró, el marido había mandado encender luz y estaba sentado junto á la mesa de la sala. «¿De dónde vienes?», le preguntó.

«Me parece—replicó ella—haberte dicho que iba á comprar este retor.» Mostró un envoltorio, después un paquetito, y otro. «¿Ves?... la sopa Juliana que tanto te gusta...»

—Yo también—dijo Maximiliano de una manera siniestra—te he comprado á ti esta tarde un regalito... Mira.

Alargó el brazo para sacar de debajo de la mesa algo que ocultó al entrar. Era un objeto envuelto en papeles, que descubrió lentamente, cuando ella se inclinaba risueña para verlo.

—¿A ver... qué es?... ¡Ay!, un revólver...

—Sí, para matarte y matarme...—dijo Maxi en un tono que no pudo ser tan lúgubre como él deseaba, pues el arma empezó á causarle miedo, á causa de que en su vida había tenido en las manos un chisme de tal clase...

—¡Qué cosas tienes!—dijo ella palideciendo. —Tú no sabes lo que te pescas... Pareces tonto... Matarme á mí, ¿y por qué?...

Le echó una mirada dulce y penetrante, el mismo mirar con que le había hecho su esclavo. El pobre chico sintió como si le pusieran un grillete en el alma.

—Vaya, que se te ocurren unos disparates, hijo... Soy muy miedosa, y de sólo ver eso me pongo á temblar. Bonita manera tienes de hacer que yo te quiera, sí, señor, bonita manera.

Acercó tímidamente su mano al mango del arma. «Puedes cogerlo, está descargado», dijo

Maxi, que de un salto se había dejado caer del furor á la piedad.

—Eres un niño—declaró ella cogiendo el arma,—y como niño hay que tratarte. Venga acá ese chisme: lo guardaré para el caso de que entren ladrones en casa.

Y se lo llevó sin que él hiciese resistencia. Después de guardarlo con llave en un baúl lleno de cosas viejas, volvió al lado de su marido, que se había quedado absorto, midiendo sin duda con azorado pensamiento la enorme distancia que en su ser había entre los arranques de la voluntad y la ineficacia de su desmayada acción.

Aquella noche no ocurrió nada; pero á la tarde siguiente, *Pseudo-Narcissus odoriferus* fué á buscarle á la botica de Samaniego, y le dijo que Fortunata tenía citas con un señor en una casa del paseo de Santa Engracia, un poquito más arriba de los almacenes de la Villa.

## X

Tomó Maxi un coche para ir á Chamberí y á su casa. Después de entrar en ella é informarse de que la señorita no estaba, subió lentamente hacia la iglesia, y al pasar por delante de ella y ver una cruz de hierro que hay en el atrio, vino al pensamiento la idea de que debía ha-

berse traído el revólver. Retrocedió, y á mitad del camino acordóse de que su mujer había guardado el arma. ¡Qué tonto estuvo él en permitirselo! Volvió á tomar la dirección Norte, sintiendo en su alma el suplicio indecible que producía la conjunción de dos sentimientos tan opuestos como el anhelo de la verdad y el terror de ella. Al distinguir el motor de noria que se destacaba sobre la casa de las Micaelas, no pudo reprimir un ahogo de pena que le hizo sollozar. El disco no se movía.

Pasó el joven más allá de los almacenes de la Villa, y examinó las casas de un solo piso alto que allí existen. Como ignoraba cuál era la que servía de abrigo á los adúlteros, resolvió vigilarlas todas. La noche se venía encima, y Maxi deseaba que viniese más aprisa para dejar de ver el disco, que le parecía el ojo de un bufón testigo, expresando todo el sarcasmo del mundo. Maldición sacrílega escapóse de sus labios, y renegó de que hubieran venido á estar tan cerca su deshonor y el santuario donde le habían dorado la infame píldora de su ilusión. En otros términos: él había ido allí en busca de una hostia, y le habían dado una rueda de molino..., y lo peor era que se la había tragado.

Después de mucho pasear vió el faetón de Santa Cruz, guiado por el lacayo, despacio, como para que no se enfriaran los caballos. Ya no quedaba duda. El coche le esperaba. Viólo

subir hasta Cuatro Caminos, donde se detuvo para encender las luces. Después bajó, y al llegar á los almacenes de la Villa, otra vez para arriba. Maxi no le perdía de vista. El cochero daba á conocer su aburrimiento é impaciencia. En una de las vueltas del vehículo, Rubín sorprendió en aquel hombre una mirada dirigida á una de las casas. «Aquí es..., aquí está.» Fijóse cerca de allí, reduciendo el espacio de su paseo vigilante. Eran las siete.

Por fin, en un momento en que Maxi iba de Sur á Norte vió, á bastante distancia, á un hombre que salía de la casa. Era él, Santa Cruz, el mismo, vestido de americana y hongo. Detúvose en la puerta buscando con la vista su carruaje. Las dos luces brillaban allá arriba. Dirigióse hacia Cuatro Caminos... Detrás, avivando el paso, el odio personificado en Maximiliano.

La vía estaba solitaria. Pasaba muy poca gente, y hacía bastante frío. El Delfin sintió aquellos pasos detrás de sí, y una misteriosa aprensión, la conciencia tal vez, le dijo de quién eran. Volvióse á punto que la temblorosa voz del otro decía: «Oiga usted.» Paróse en firme Santa Cruz, y aunque no le conocía bien, le tuvo por quien era sin dudar un momento.

—¿Qué se le ofrece á usted?

—¡Canalla!... ¡Indecente!—exclamó Rubín con más fiereza en el tono que en la actitud.

No esperó Santa Cruz á oír más, ni su amor

propio le permitía dar explicaciones, y con un movimiento vigoroso de su brazo derecho rechazó á su antagonista. Más que bofetada fué un empujón; pero el endeble esqueleto de Rubín no pudo resistirlo; puso un pie en falso al retroceder y se cayó al suelo, diciendo: «Te voy á matar..., y á ella también.» Revolcóse en la tierra; se le vió un instante pataleando á gatas, diciendo entre mugidos... «¡ladrón, ratero..., verás!...» Santa Cruz estuvo un rato contemplándole con la calma fría del ofuscado asesino, y cuando vió que al fin conseguía levantarse, se fué hacia él y le cogió por el pescuezo, apretándole sañudamente cual si quisiera ahogarle de veras... Reteniéndole contra el suelo, gritaba: «Estúpido..., escuerzo..., ¿quieres que te patee?...»

De la oprimida garganta del desdichado joven salía un gemido, estertor de asfixia. Sus ojos reventones se clavaban en su verdugo, con un centelleo eléctrico de ojos de gato rabioso y moribundo. La única defensa del que estaba debajo era clavar sus uñas, afilándolas con el pensamiento, en los brazos, en las piernas, en todo lo que alcanzaba del vencedor; y logrando alzarse un poco con nervioso coraje, trató de hacerle molinete para derribarle. Derribados los dos, lucharían quizás más proporcionadamente. ¡Pobre razón aplastada por la soberbia! ¿Dónde está la justicia?, ¿dónde está la vindicta del débil? En ninguna parte.

El furor del Delfin no fué tanto que se le ocultara el peligro de llegar á un homicidio abusando de su superioridad. «Este al fin es un hombre, aunque parece un insecto», pensó. Y con desdén que tenía algo de lástima, hubo de soltar su presa, que cayó inerte á un lado del camino, en una especie de hoyo ó surco. Al verle como un bulto, Juan sintió algo de miedo. «¿Si le habré matado sin querer?... Y en todo caso..., ha sido en defensa propia.» Pero la víctima exhaló un mugido, y revolcándose como los epilépticos, repitió: «Ladrón..., asesino.» El Delfin se acercó, y poniéndole un pie sobre el pecho, cuidando de no apretar, dijo: «Si no te callas, cucaracha, te aplasto.»

Levantóse Rubín de un salto. Era todo uñas y todo dientes; sacaba las armas del débil; pero con tanta fiereza, que si coge al otro le arranca la piel. Santa Cruz acudió pronto á la defensa. «Te digo que te pateo..., si vuelves...» Le levantó como una pluma y le lanzó violentamente donde antes había caído. Era un solar ó campo mal labrado, más allá de la última casa. La víctima no daba acuerdo de sí, y aprovechando aquel momento el bárbaro señorito, que vió pasar su coche, lo detuvo, montóse en él de un salto y ¡hala!, partieron los caballos á escape.

Un hombre se había detenido ante los combatientes en el último instante de la reyerta; acercóse á Maxi y le miró con recelo. Creyendo

que estaba mortalmente herido, no quería meterse en líos con la justicia. Cuando le oyó hablar, acercóse más. «Buen hombre, ¿qué es eso?... ¡Pobre chico! Si no parece chico, sino un viejo... ¡Vaya, que pegar así á un pobre anciano!» Luego llegó otro hombre, que se destacó de un grupo de obreros que subían. Auxiliado por éste, Maxi logró levantarse y corrió un buen trecho por el camino abajo, gritando: «¡Ladrón!..., ¡a ese!..., ¡al asesino!...» Pero el coche estaba ya más allá de la iglesia. Formóse en torno á la víctima un corro de cuatro, seis, diez personas de ambos sexos. Mirábales como si fueran amigos que habían de darle la razón, reconociendo en él á la justicia pateada y á la humanidad escarnecida. Parecía un insensato. Su descompuesto rostro daba miedo, y su ahilada voz excitaba la mayor extrañeza.

Porque el ardor de la lucha había determinado como una relajación de la laringe, en términos que la voz se le había vuelto enteramente de falsete. Salían de su garganta las palabras como el acento de un impúber. «¿En dónde se ha metido?... ¿en dónde?... ¿No es verdad, señores, que es un miserable?... un secuestrador?... Me ha quitado lo mío, me ha robado... El la arrojó á la basura..., yo la recogí y la limpié...; él me la quitó y la... volvió á arrojar..., la volvió á arrojar. ¡Trasto infame!... Pero yo tengo que hacer dos muertes. Iré al patíbulo..., no

me importa ir al patíbulo, señores...; digo que quiero ir al palo..., pero ellos por delante, ellos por delante.»

Los que le rodeaban le tenían lástima. Desconociendo el motivo de la zaragata, cada cual decía lo que le parecía.—*Sobre vino* una pendencia.—No, cuestión de faldas, ¿verdad?—¡Quita allá! ¿Pero no ves que es marica?

Las mujeres le miraban con más interés. «Tiene usted sangre en la frente», le dijo una. Era una rozadura de que el joven no se había dado cuenta. Llevóse la mano á la cabeza, y la retiró manchada de sangre. Notó que el brazo derecho le dolía horriblemente.

—Vamos, vamos—le dijo uno,—véngase usted á la Casa de Socorro.

—Gatera..., miserable...

—Vamos; ya eso se acabó... ¿En dónde tiene usted el sombrero?

Maxi no dijo nada ni se cuidó del sombrero. De repente rompió en aullidos, pues no parecían otra cosa los esfuerzos de su voz para hablar á gritos. Los circunstantes podían oírle difícilmente estos conceptos: «Partirle el corazón es poco; es menester... machacárselo.»

Dos hombres le llevaban calle abajo, cada cual agarrándole de un brazo, y él, mirando con estupidez á sus conductores, repetía: «¡machacárselo!» A ratos se paraba, prorrumpiendo en risas de demente. Ya cerca de la iglesia apa-

recieron dos individuos de Orden Público, que viendo á Maxi en aquel estado, le recibieron muy mal. Pensaron que era un pillete, y que los golpes que había recibido le estaban muy bien merecidos. Le cogieron por el cuello de la americana, con esa paternal zarpa de la justicia callejera. «¿Qué tiene usted?», le preguntó uno de ellos, malhumorado. Maxi contestó con la misma risa insana y delirante; viendo lo cual el polizonte, apretó la zarpa, como expresión de los rigores que la justicia humana debe emplear con los criminales.

—¿Y el agresor?

—¡Machacárselo!...

Llegó á la Casa de Socorro, ya con una procesión de gente tras sí. El médico de guardia conocía á Maxi, y después de curarle la contusión de la cabeza, que no tenía importancia, le mandó á su casa al cuidado de los guardias de Orden Público.

## XI

Quando entró el malaventurado chico en su casa, Fortunata no había parecido aún. Lo mismo fué verle Patricia en aquel lastimoso estado, que correr á dar aviso á doña Lupe, la cual no tardó en presentarse alborotada y afligida. Lo primero que hizo, conforme á su gran carácter, fué sobreponerse á los sucesos, no ami-

lanarse por la vista de la sangre y dictar atinadas órdenes preliminares, como acostar á Maximiliano, traer provisión de árnica, reconocerle bien las contusiones que tenía y llamar un médico.

—¿Pero y Fortunata?

—Salió á hacer unas compras—dijo Patricia.

—¡Es particular! Las ocho y media de la noche.

En vano intentó doña Lupe saber lo que había ocurrido de los propios labios del joven. Este no decía más que... «¡machacárselo!», con aquella voz de falsete, que era otra novedad para su tía. Acostáronle con no poco trabajo, y le llenaron de bizmas. El médico de la Casa de Socorro vino y ordenó el reposo. Temía que hubiese algo de conmoción cerebral; pero probablemente concluiría todo con una fuerte jaqueca. También propinó el bromuro potásico á fuertes dosis, y á la primera toma se adormeció el herido, pronunciando palabras sueltas, de las cuales nada pudo sacar en claro la señora de Jáuregui. ¡Y á todas éstas la otra sin parecer!

Por fin, á eso de las nueve y media, cuando el médico se fué, sintió doña Lupe un rebullido, luego cuchicheos en el pasillo. Fortunata había entrado, y hablaba muy bajito con Patricia. La mente de la viuda, en la cual hasta entonces todo era confusión y vaguedades, empezó á dar de sí los juicios más extraños, ideas de

atrevido alcance y de un pesimismo aterrador. Salió paso á paso á la sala, deseosa de sorprender aquel secreteo. Fortunata entró, pálida como un cirio y con ojos aterrados; mas doña Lupe no le dijo nada. La vió que avanzaba hacia el gabinete, que daba algunos pasos hacia la alcoba deteniéndose en la puerta, y que desde allí alargaba el cuerpo para mirar á su marido. ¿Por qué no entró? ¿Qué temor la detenía? La alcoba estaba casi á oscuras, pues apenas llegaba á ella la claridad de la lámpara encendida en la sala. Doña Lupe llevó al gabinete la luz. Quería observar lo que hacía su sobrina, y por de pronto le llamó la atención su actitud extraña, no muy conforme con los sentimientos naturales en una esposa en situación tan aflictiva. Una vez que le miró bien de lejos, Fortunata, sin hacer maldito caso de persona tan respetable como su tía política, volvió á la sala, que ya estaba medio á oscuras, y se sentó en una silla. Todavía no se había quitado el manto, y parecía que iba á volver á la calle. Apoyada la mejilla en la mano, permaneció inmóvil como un cuarto de hora. El silencio que en las tres piezas reinaba sólo se interrumpía con tal cual palabra estropajosa pronunciada por Maxi, y con el paso gatuno de la sirvienta que atravesaba la sala para ir á recibir órdenes de la única persona que aquella noche mandara en la casa. Si el estado del enfermo permitiera alzar

la voz, ¡ay!, doña Lupe haría retemblar la casa con el estruendo de su palabra autoritaria y fiscalizadora; pero no podía ser. ¡Qué cosas había de oír su sobrina! Resolvió, pues, la tía dejar la discusión para el día siguiente; mas tanto la apremiaron la curiosidad y el enojo, que no pudo menos de personarse, pasito á paso, en la sala, y decir á Fortunata, con voz oprimida: «Explicame esto.»

—¿Esto?...—murmuró la prójima, alzando la cara, como quien despierta.

—Esto, sí... Maximiliano maltratado..., tú entrando en casa tan tarde y con esos modos de traidora de melodrama.

Fortunata, después de mirar de hito en hito á doña Lupe por espacio como de un minuto, volvió á apoyar la mejilla en el puño sin decir una palabra.

—Pues me he enterado... Me gusta...

Y fué á la alcoba, porque se oyó la voz de Maxi llamando. Poco después se le sintió vomitar. Fortunata prestó atención á lo que allí pasaba; pero sin abandonar su postura de esfinge.

Cuando la viuda volvió á la sala, ya eran más de las diez.

—¡Las diez dadas!—dijo con aquella voz tan severa que habría hecho estremecer á una piedra.—Y no te has quitado el manto. ¿Es que piensas volver... de compras? El pobre Maxi, al

despertar hace un rato, me preguntó si habías venido, y le dije que no. Me dió vergüenza de decirle que sí, porque habría sido preciso añadir que sólo con la manera de entrar te declaras culpable... El dijo: «Más vale que no venga...» ¿Y tú no conoces que así no se puede seguir?... ¿que es preciso que me expliques esto? Habla, hija, habla, ó yo veré lo que tengo que hacer.

Fortunata, después de mirarla con una emoción que doña Lupe no podría definir, volvió á apoyar la cara en la mejilla, y dando un gran suspiro, se acorazó dentro de aquel silencio lúgubre, que desesperaría á la misma paciencia.

—¡Esto es para volverse loca!...—expresó doña Lupe con un gesto iracundo.—Crearás tú, creará usted que conmigo valen marrullerías? Sepa usted que...

La ira se le desbordaba, y para contenerla volvió á la alcoba. Su mente acalorada revolvía estas ideas: «Salió lo que yo me temía... Si lo dije, si esta mujer nos había de dar al fin un disgusto... ¡Ay, qué ojo tengo! A mí no me entraba, no me entraba; y siempre lo dije: «ni con Micaelas ni sin Micaelas, podremos hacer de una mujer mala una esposa decente». Ahí está, ahí está, ahí la tienen. Vean si acerté; vean si eran preocupaciones mías...»

Lo que más ensoberbecía á doña Lupe era el chasco que se había llevado, pues aunque dijera

otra cosa, ello es que había creído á Fortunata radicalmente reformada. No pudo contener su arranque, y volvió á la sala. «Pero se explica usted, ¿sí ó no?...»

Reparó entonces que hablaba con una sombra. Fortunata no estaba allí. Salió doña Lupe al pasillo, y vió luz en un cuartito interior, donde la mujer de Maxi guardaba su ropa. Empujó la puerta. Allí estaba, ya sin mantilla, sacando ropa del armario y metiéndola en un mundo.

—¿Pero querrá usted al fin sacarme de dudas?—dijo sin recatarse ya de alzar la voz.—Esto es vergonzoso. Si usted se obstina en callarse, creeré que la causante de toda esta tragedia es usted y nada más que usted.

Fortunata se volvió hacia ella. Su palidez era como la de un muerto.

—Vamos á ver—añadió la de Jáuregui mamenteando.—Si mi sobrino me vuelve á preguntar si ha entrado usted, ¿qué le digo?

—Dígale usted—replicó la esposa en voz más baja y expresándose con mucha dificultad;—dígale usted que no he venido, porque me marcharé en cuanto sea de día.

—Yo no entiendo una palabra... ¡Qué ha pasado, Santo Dios!... ¿Quién maltrató á Maxi?

Fortunata dió un gran suspiro.

—¡Qué farsa! Voy á dar parte á la justicia. Veremos si al juez le contesta de esa manera.

Que usted es culpable, bien á la vista está. Si no, ¿por qué se marcha usted?

—Porque me debo ir—replicó la otra mirando al suelo.

No dijo más. Fuera de sí, doña Lupe le echó la zarpa á un brazo, y sacudiéndola fuertemente le soltó esta imprecación:

—¡Ah, maldita!... Bien claro se ve que es usted una bribona..., una bribona en toda la extensión de la palabra..., que lo ha sido siempre y lo será mientras viva... A todos engañó usted menos á mí..., á mí no... Yo la vi venir.

Abrumada por su conciencia, Fortunata no pudo contestar nada. Si doña Lupe se hubiera abalanzado á ella para pegarle, se habría dejado castigar.

—Hace usted bien en largarse—añadió la otra ya en la puerta.—No seré yo quien la detenga... Viento fresco. ¡Qué casa esta y qué matrimonio! Nada me coge de nuevo..., porque, lo repito, á todos engañó usted menos á mí.

Y era mentira, porque la primera engañada fué ella. ¡Valiente fiasco habían tenido sus facultades educatrices! La idea de este fracaso encendía su furor, más que el delito mismo que en su sobrina sospechaba.

Volviendo á la sala, amparóse de la señora de Jáuregui el frenesí de las disposiciones. La primera fué que se quedaria allí aquella noche. Después mandó á Patricia á su casa con un re-

cado, llamando á Nicolás, que aquel día había llegado de Toledo. «Que venga mi sobrino inmediatamente, y si está durmiendo, encargue usted á Papitos que le despierte.»

Fortunata seguía en el cuarto de la ropa; mas adelantaba muy poco en el arreglo de su equipaje, porque á lo mejor se quedaba inmóvil, sentada sobre un baúl, mirando al suelo ó á la vela, que ardía con pábilo muy larguirucho y negro, chorreando goterones de grasa. Desde que empezó á faltar, no había sentido remordimientos como los de aquella noche. El espectro de su maldad no había hecho antes más que presentarse como en broma, y érale á ella muy fácil espantarlo; pero ya no acontecía lo mismo. El espectro venía y se sentaba con ella y con ella se levantaba; cuando se ponía á guardar ropa, la ayudaba; al suspirar, suspiraba; los ojos de ella eran los de él, y, en fin, la persona de ambos parecía una misma persona. Y la atormentaban, juntamente con los revuelcos de su conciencia, ansias de amor, deseos vivísimos de normalizar su vida dentro de la pasión que la dominaba. Acordóse de que su amante le había ofrecido ponerle casa, y establecer entre ambos una familiaridad regular dentro de la irregularidad. ¿Pero esto podría ser? Las ansias amorosas se cruzaban en su espíritu con temores vagos, y al fin venía á considerarse la persona más desgraciada del mundo, no por culpa suya, sino por

disposición superior, por aquella mecánica espiritual que la empujaba de un modo irresistible. No pensó en dormir aquella noche, y anhelaba que viniese el día para marcharse, porque el sentir la voz doliente de su marido producía-le atroz martirio. Habría dado diez años de su vida porque lo que pasó no hubiera pasado. Pero ya que no lo podía remediar, ¡ojalá que las heridas de Maxi fuesen de poca importancia! Después de esto, su más vivo deseo era coger la puerta y huir para siempre de la casa aquella. Antes morir que continuar la farsa de un matrimonio imposible.

De estas meditaciones la sacó doña Lupe, que después de media noche volvió á entrar en el cuarto. Envolviase toda en una manta, lo que le daba cierto aspecto temeroso y lúgubre como de alma del otro mundo.

—Al pobre Maxi—dijo—le da ahora por llorar... No cesa de preguntarme si ha venido usted... Francamente, no sé qué responderle.

—Dígale usted que me he muerto—replicó Fortunata.

—Y positivamente sería lo mejor... ¿Ha arreglado usted ya sus baúles?

—Me falta poco... Mire, mire..., no me llevo nada que no sea mío.

—¿Y sus alhajas?—preguntó la viuda, que custodiaba en su casa las de más valor.

—¿Mis alhajas?—observó la otra, vacilando

primero y asegurándose al fin.—No son mías. Son de él, de Maxi, que las desempeñó. Se las dejo todas.

—¿De modo que no se lleva usted más que su ropa?

—Nada más. Hasta el portamonedas, con el último dinero que me dió, lo dejo aquí sobre la cómoda. Véalo usted.

Cogió la prudente señora el portamonedas, que estaba aún bien repleto, y se lo guardó.

## XII

Hay motivos para creer que cuando Papitos entró á media noche en el cuarto de Nicolás Rubín y le dijo sacudiéndole fuertemente: «Señor, señor, su tía que vaya allá ahora mismo», el santo varón soltó un bramido y dió media vuelta, volviendo á caer en profundo sueño. Es probable que á la segunda acometida de Papitos el clérigo se desperezara, y que ahuyentase á la mona con otro fuerte berrido, agasajando en su empañado cerebro la idea de que su tía debía esperar hasta la mañana siguiente. Y el fundamento de estas apreciaciones, es que Nicolás no se presentó en la casa de su hermano Maxi hasta las siete dadas. Tanta pachorra sacaba de quicio á doña Lupe, que poniendo el grito en el cielo, decía: «Estoy destinada á ser

la víctima de estos tres idiotas... Cada uno por su lado me consume la vida, y entre los tres juntos van á acabar conmigo... ¡Qué familia, Señor, qué familia! Si me viviera mi Jáuregui, otro gallo me cantara. ¡Pero hombre de Dios, vaya que tienes una calma! No sé cómo con ella y lo que comes no estás más gordo... Te llamo á las once de la noche, y ésta es la hora en que te descuelgas por aquí... ¿Tú sabes lo que pasa?»

Esto lo decía en la sala, al ver entrar á Nicolás, cuyos ojos tenían aún señales evidentes de lo bien que había dormido. Al sentir el coloquio, salió la pecadora de su escondite, y acercándose á la puerta de la sala trató de escuchar. Pero tía y sobrino siguieron hablando muy bajito, y nada pudo percibir. Después el clérigo, á instancias de su tía, salió al pasillo, y Fortunata metióse rápidamente en su escondite para esperarle allí.

El cuarto aquel estaba casi completamente á obscuras en las primeras horas del día. Los que entraban no veían á quien dentro estuviera. La vela, que ardió gran parte de la noche, se había consumido. Desde dentro vió Fortunata al cura, sombra negra en el cuadro luminoso de la puerta, y esperó á que entrase ó á que dijese algo. Como el que recela penetrar en la madriguera de una bestia feroz, Nicolás permaneció en la puerta, y desde ella lanzó, en medio de la obs-